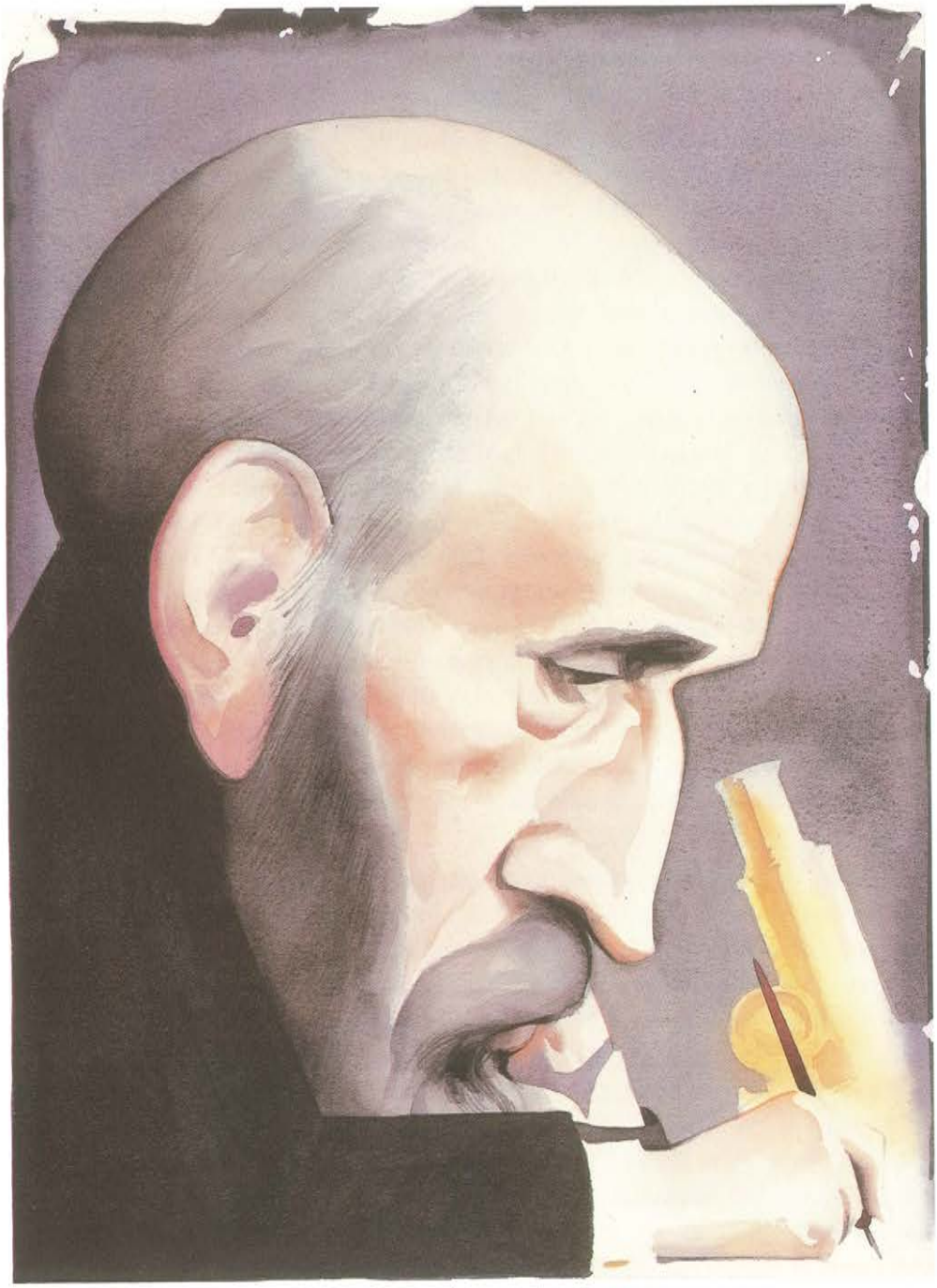
RAMÓN Y CAJAL EN EL DESVÁN DE LA SABIDURÍA

Juan Ramón Jiménez lo imaginó «siempre enredado en el laberinto bello de los sutiles encajes de su vida microscópica». En cierto modo, Santiago Ramón y Cajal no dejó nunca de mirar hacia adentro y en pequeño. Fue un niño desasosegado y rebelde, un adolescente incauto y un hombre perseverante, capaz de eternizar la noche y el día, y de confundirlos en una amalgama imprecisa de claridad y sombra en una región ajena al tiempo hasta que conseguía verificar una intuición, una sospecha, el impulso pertinaz de una conjetura. Su existencia se alimentó de latigazos de perplejidad. Cada vez que se producía esa herida, un destello de asombro y misterio, de golpe se encadenaba a aquella sensación, hasta desnudarla por completo e interiorizarla.

Su niñez estuvo abonada por el zapatazo de los sucesos extraordinarios. La contemplación de un eclipse de sol, a través de un cristal ahumado, le reveló una realidad portentosa de fuerzas anómalas que surgían de alguna entraña oculta del cielo. La muerte penetró en sus ojos de otro modo: en un accidente conmovedor de la naturaleza. No había dejado de llover en todo el día. De repente, mientras volvían del colegio bajo la crudeza del temporal, los niños oyeron un estruendo, un crujido metálico. Cuando se aproximaron al pueblo descubrieron una imagen imborrable: el sacerdote, que había subido al torreón para conjurar la tormenta, había recibido un impacto eléctrico y se había quedado, inmóvil y cárdeno, amarrado al campanario, con la sotana raída anudada a la cuerda del badajo. Aunque había nacido en Petilla de Aragón (Navarra), Cajal creció en Ayerbe (Huesca) donde se hizo famosa su insensatez, su atrevimiento y su destreza. Fabricaba hondas para las batallas de guijas, flautas con ramas de laurel y se escurría, por los senderos boscosos de la noche, hasta dar con una higuera de moradas brevas o con las terrazas de sarmientos. Lo apasionaban los refugios de enramada, las cavernas de bestias ominosas y los campos de grama. A menudo, ausente del mundo, con los ojos cenagosos como dos bra-



sas negras, se quedaba mudo y sombrío. Su imaginación resbalaba en las tardes de arrebol y descendía por las faldas del monte o los apriscos, entre el campesino que amontona cereal, el carretero que esquiva las colinas y el afilador que enciende una música de saliva en el aire. Se sentaba sobre un murete de piedra y empezaba a copiar aquel paisaje montaraz, las luces viudas del ocaso, el lomo rojizo de los tejados o un poniente ilusorio de minotauros.

Su padre era un médico dogmático e irascible; implacable en sus enojos. Jamás comprendió a su primogénito. Desdeñaba el arte y la literatura; aborrecía los sueños. Quizá por ello, enfadado con la enfermiza pasión plástica del joven, decidió suministrarle un escarmiento ejemplar. No se le ocurrió otra cosa que someter su capacidad artística a un pintor de brocha gorda. «Su hijo, don Justo, no tiene aptitud alguna para el arte», le dijo. Aquella respuesta convirtió a Santiago en un dibujante proscrito. Tras una larga estancia en Jaca, en una escuela de curas, su carácter indócil no se había mitigado, a pesar de que fue sometido a durísimos castigos, prolongadas sesiones de ayuno y continuos encierros en una habitación lóbrega, invadida de ratas. Allí ocurrió otro hallazgo. Hacía calor afuera; al otro lado de la puerta, oía el murmullo de sus compañeros y los recitados en latín. Un hilillo de resplandor se colaba por un ventanuco y sobre el tabique del fondo se proyectaban, invertidos, la plaza, las balconadas de artesonado y los torreones. Con un papel, Santiago redujo el espacio de la ventana y observó cómo las imágenes ganaban en nitidez. Era la magia de la cámara oscura. De regreso en Ayerbe siguió fabricando armas, consiguió inventar un cañón doméstico capaz de destrozar la pared de las cabañas de los hortelanos, hazaña por la que estuvo tres días en la cárcel, y pintaba a escondidas en el granero. Para entonces ya había leído a Espronceda, a Byron y a José Cadalso, y su magín estaba invadido de cementerios, edificios fantasmagóricos, doncellas lastimadas por el desamor, casas encantadas bajo la neblina y otras pesadillas luctuosas, heredadas de un romanticismo lúgubre.

A Huesca, con apenas quince años, llegó un adolescente excéntrico y vehemente. Quizá fuese el mismo día que estrenaba un abrigo largo que le había arreglado su madre; era como uno de aquellos que usaban los músicos italianos de arpa y tambor que se hacían acompañar por las plazoletas de monos y osos. A algunos compañeros les resultó motivo de mofa, en especial a un tal Azcón. Se enzarzaron y Ramón y Cajal fue objeto de una dura paliza que le desfiguró la cara y le descalabró algún que otro hueso. Decidió someterse a toda suerte de ejercicios físicos. No podía soportar el fracaso ni la humillación. Durante meses corrió por las alamedas, saltó entre peñascos y riachuelos, levantó piedras inmensas y se ejercitó con la honda. Aprendió a boxear bajo el follaje de los parques y cuando vio que poseía una espalda de mármol, los bíceps hinchados y una prodigiosa esquiva, desafió a su enemigo. Su voluntad no conocía límites ni respetaba obstáculos. Hubo un momento en que, decepcionado por la falta de vida de sus pinturas, decidió conformar un museo natural de rocas, insectos y flores para capturar con precisión su cromatismo. Después de

muchos días de búsqueda, se obsesionó con el color azulado de la rosa de Alejandría, de la que sólo había ejemplares en uno de los jardines más bellos de Huesca. Convenció a varios de sus amigos para que colaborasen en la operación. Saltaron al huerto casi a medianoche y fueron sorprendidos por dos criados. Éstos se echaron a correr detrás de los ladrones con estacas. Como no encontraban la forma de huir, se inició una sorprendente carrera de resistencia a la luz de la luna, alrededor del perímetro de la finca. El espectáculo duró más de un cuarto de hora, hasta que los compañeros de Ramón y Cajal comenzaron a desplomarse uno tras otro de cansancio. Fueron apaleados. A él no lo pudieron atrapar. Desde entonces lo llamaban *El chiflado de Huesca*. Unos días más tarde, asistió a otro milagro de la ciencia: unos fotógrafos ambulantes le enseñaron el procedimiento del revelado en un taller provisional que habían instalado en la iglesia de Santa Teresa.

En las vacaciones de verano se encerraba con su progenitor en el establo y se dedicaba a estudiar Anatomía. Cuando llegó a Zaragoza para iniciar la carrera de Medicina, seguía siendo impertinente y presuntuoso. Poseía las ansias de quien desea devorar el mundo y se comportaba como un gallito de corral. Fue pendenciero, revoltoso y no le importaba armar gresca por un *quítame allá esas pajas*. En una ocasión, prendado del retrato de una joven de turbadora belleza, amenazó al ayudante del fotógrafo Judez para que le robase el daguerrotipo; otra vez, desafió a un estudiante de ingeniería porque pretendía seducir a la misma chica que él. Acordaron combatir a orillas del Huerva y allí se toparon. El otro consiguió impactar los primeros golpes, aunque luego Cajal lo abrazó con la fuerza de un toro desmelenado hasta que oyó un crujido, una convulsión de cartílagos, y lo depositó exánime sobre la hierba. Creyó que lo había matado; luego se hicieron muy amigos y se olvidaron de la muchacha, conocida por *La Venus de Milo*. Era un flamante entusiasta de la cultura física y lucía un cuerpo gallardo y musculoso. Lentamente, aquella devoción fue declinando y nacieron nuevas aficiones: la literatura y la filosofía. Escribió poesía, pequeños aforismos y leyó a los grandes maestros del pensamiento, aunque quizá nadie lo deslumbró tanto como Berkeley, quien proponía que el mundo exterior no existe o está subordinado a la percepción individual. Curiosa paradoja para quien suscribirá: «Soy adepto ferviente de la religión de los hechos».

Una experiencia dolorosa modificará la personalidad del nuevo médico. Ingresó en el ejército y fue destinado a Cuba en 1874. Su estancia en la isla fue como una inmersión en el piélago de la corrupción y la degradación militar. Vio cómo les robaban la comida a los enfermos, cómo se les abandonaba a merced de los mosquitos o cómo se traficaba impunemente con láudano. Viajó de hospital en hospital y no llegó a disfrutar por un momento de la belleza de la isla, a pesar de que un enfermo de muerte le cedió sus cámaras para tomar fotografías. Apenas reparó en las fosforescencias de la bahía, en las casas de campo, en las colinas y las palmeras, ni en la ardiente voluptuosidad de aquellas mujeres de cuerpos de ébano, henchidos y tentadores, que se prostituían por comida, alcohol y una promesa de matrimonio. Un

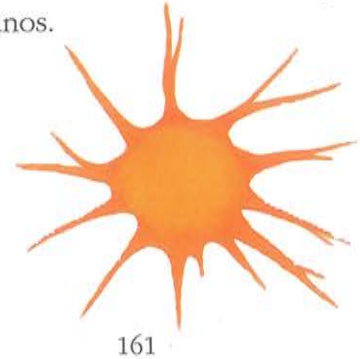
cruel vómito de sangre le anunció que era el momento de volver: había contraído el paludismo.

El Cajal que desembarcó en España estaba envejecido y seriamente enfermo. Tardó en recuperarse casi un lustro; en ese lapso de incertidumbre y de temor, adquirió su primer microscopio, avanzó en sus primeros estudios de Histología y fue designado ayudante de Anatomía en la Universidad de Zaragoza. Se desplazó por todo Aragón en busca de los aires apacibles y los climas benignos de San Juan de la Peña, Alquézar, Ayerbe y Panticosa, y sufrió una nueva hemoptisis (hemorragia pulmonar con expectoración de sangre). Se curó con reposo y realizó breves trechos, pequeñas caminatas por praderas y altozanos con su cámara al hombro. Ramón y Cajal fue un fotógrafo muy consciente y experimental. No sólo iba a ser pionero en el estudio de la foto en color, sino que tomará meticulosos retratos, compondrá bodegones y estampas populares, y efectuará reportajes de incuestionable calidad.

Contrajo matrimonio con Silveria Fañanás. «De Silveria me sedujo más que nada cierto aire de infantil inocencia y de melancólica resignación», confesó. Su visión del amor se mantuvo siempre ajena a la pasión y al rapto visceral. Antepuso el cerebro al alma y se zambulló en el corazón de la materia. Opositó en dos ocasiones a la plaza de catedrático, pero en ambas Zaragoza se mostró esquiva y desdeñosa con el sabio. Incluso cuando en 1883 consiguió una cátedra para la Universidad de Valencia, los miembros locales del jurado no le otorgaron sus votos. En la ciudad levantina su vida dio un vuelco casi total. Sucedieron demasiadas cosas. Algunos biógrafos afirman que fue un período crítico en el que su afán de investigación se paralizó. Ramón y Cajal, padre ya de tres hijos, padeció una fascinación irresistible por el ajedrez, las tertulias, la oratoria de Joaquín Arnau y los viajes. Entró a formar parte del Gaster Club, cuyos estatutos redactó él mismo, y participó en sus fiestas campestres. Recuperó otra antigua ocupación: la escritura. Con el seudónimo de Doctor Bacteria, enviaba crónicas y relatos al seminario zaragozano *La Clínica*. Bajo el título de *Cuentos de vacaciones*, recogía ficciones científicas cuyos protagonistas eran las células de la sangre o aquellos paisajes de hematíes que atrapaba en el fondo del microscopio.

Hacia 1886 se declaró una epidemia de cólera en Valencia. Operaba en secreto en el desván de los misterios, entre frascos de animales y tubos de ensayo, al margen de los niños y del bullicio doméstico. A los pocos días inició sesiones de hipnosis y su casa empezó a llenarse de dementes, paralíticos, histéricos, etc. Algunos quedaban en trance, otros parecían extinguirse en el dulce sueño del acabamiento bajo el poder de su mirada, otros clamaban con desesperación. Su residencia parecía un santuario de la locura, y decidió interrumpir las sesiones. Consideró que era el momento de abandonar la ciudad y se trasladó a Barcelona, donde permaneció por un período de cinco años. Una anécdota marginal aclara su firmeza. Consciente de que el ajedrez le estaba restando intensidad a su actividad científica, decidió poner

en práctica un exorcismo. Venció a todos sus contrincantes en un prodigioso ejercicio de precisión, cálculo y disciplina, y devolvió su carnet de jugador. No sabemos en qué medida surtió efecto el abandono, pero ya en 1888, con sólo 36 años, descubrió la unidad nerviosa, la neurona, y una solución de continuidad entre sus elementos. Esencialmente ésta es su aportación magistral a la ciencia y durante más de un cuarto de siglo esa idea iluminó sus investigaciones. La completó, la verificó en el microscopio, elaboró la teoría y la hizo pública, aunque quizá despaciosamente, con la parsimonia del sabio humilde y responsable a quien le preocupa más la verdad de la Ciencia que el triunfo precipitado y efímero de su nombre.

Su constancia parecía sobrehumana. O casi deshumanizada. Durante varias noches, con dos de sus hijos al borde de la muerte, el investigador los acompañaba al pie del lecho, pero había instalado el microscopio en la mesilla y aplicaba la pupila en el vidrio. Años después, cuando recibió una invitación de Londres para dar una conferencia, sus anfitriones se quedaron admirados de sus hábitos. Por la mañana, sacaba sus sábanas al tendedor y al salir cerraba la puerta con llave. Después de su partida, los ingleses descubrieron que Cajal había utilizado el cuarto como laboratorio de pruebas durante su estancia. El Premio Nobel de 1906 coronó su constancia, aunque se produjo una ironía cruel y desconcertante. Compartió el premio con Camilo Golgi, un científico antipático que se había opuesto siempre a sus teorías y que ni siquiera, una vez demostradas, las había aceptado.

Aquel galardón, sin embargo, premiaba multitud de noches de insomnio analizando pollos, ratas, fetos o cerebros de niños que había recuperado en la Inclusa; multitud de artículos y de lecturas en medio de su biblioteca de diez mil volúmenes, varios libros de extraordinario mérito —como *Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados* (1904) y *Degeneración y regeneración del sistema nervioso* (1914)— y una dedicación ejemplar y silenciosa en la madriguera de la soledad más absoluta y del esfuerzo indesmayable. Corpus Barga afirmó que Ramón y Cajal se convirtió en un oráculo del país. Aunque nunca quiso serlo. Le gustaban las tertulias del café Suizo y le dolía España como a la Generación del 98. Tras la desaparición de Silveria, reeditó sus *Charlas de café* y redactó *El mundo visto a los 80 años*, el dietario de un pensador escéptico que describe con limpidez sus dolencias de arterioesclerosis. Enterrado en sí mismo, ausente ya de todas las batallas, quiso recuperar el pulso de su juventud. Soñó con escribir novelas de terror y misterio, y contrató a una mujer espiritista para que lo ayudase a explorar los pasadizos del más allá. Se volvió insomne y unos minutos antes del último suspiro anunció que sólo desearía ser de nuevo aquel gañán salvaje que leía a escondidas en el granero de su casa con un cuaderno de dibujo entre las manos. ❧